

Cómo santa Teresa me acompañó al sufismo

FRAGMENTOS, 48

Mardía Herrero

CÓMO SANTA TERESA
ME ACOMPAÑÓ AL SUFISMO

PRÓLOGO DE PABLO D'ORS

FRAGMENTA EDITORIAL

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL
Plaça del Nord, 4
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 48

Primera edición OCTUBRE DEL 2018
Producción editorial IGNASI MORETA
Diseño de la cubierta ELISENDA SEVILLA I ALTÉS

Foto de la cubierta Jardín de la casa de Mawlana Sheij Nazim
MARTA HERRERO GIL

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S. A.

© 2018 MARTA HERRERO GIL
por el texto

© 2018 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U.
por esta edición

Depósito legal B. 22.264-2018
ISBN 978-84-15518-93-8

PRINTED IN SPAIN

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

*Para Pepe y Rosa, mis padres,
por su amor y con gratitud.*

*No diré cosa que en mí, o por verla en otras,
no la tenga por experiencia.*

Santa Teresa (c prólogo, 3)

*Es bien dificultoso lo que querría daros a entender,
si no hay experiencia.*

Santa Teresa (1M 1,9)

Nada es más valioso que la experiencia directa.

Dicho del Profeta Muhámmad

Lo que más os despertare a amar, eso haced.

Santa Teresa (4M 1,7)

ÍNDICE

<i>Siglas empleadas para citar las obras de santa Teresa</i>	10
<i>Prólogo. La maravilla constante. PABLO D'ORS</i>	11
<i>Apertura</i>	19
I	23
II	25
III	29
IV	57
V	77
VI	89
VII	109
VIII	113
<i>Bibliografía</i>	117
<i>Gracias</i>	121

SIGLAS EMPLEADAS PARA CITAR
LAS OBRAS DE SANTA TERESA

- C *Camino de perfección*
F *Libro de las fundaciones*
M *Las moradas o Castillo interior*
V *Libro de la vida*

PRÓLOGO
LA MARAVILLA CONSTANTE
Pablo d'Ors

LA AUTORA DE ESTAS páginas es una mujer de la que muy bien podría enamorarse cualquiera de sus lectores. Cualquiera de sus lectores —yo mismo, sin ir más lejos— podría muy bien sentir envidia de Rafa, su marido, que tiene el privilegio de verla y hablar con ella cada día, o envidia de sus hijos, Abraham, el primogénito, Omar, una palabra que tiene las mismas letras que *Roma* y que *amor*, y la dulcecita Fátima, quienes están permanentemente a su lado. Por mi parte, siento envidia de su pluma, tan pura, tan llena como vacía de sí misma.

¿De dónde sale esta mujer?, se pregunta uno cuando lee estas páginas. ¿Existirá realmente? ¿Es posible que hoy exista una mujer así, en este mundo, en mi ciudad? Impresiona la autenticidad con que se dice. La sabiduría con que escribe como si

no escribiese. La verdad que late en las palabras que pone una tras otra como si tal cosa.

Todo en su prosa es confesión. La suya es una prosa poética, pero no porque escriba cosas bonitas o utilice palabras sagradas —que las dice, las utiliza—, sino porque está desnuda. Poesía mística es fácil de encontrar. Pero ¿prosa? Mardía —precioso nombre— es un caso raro: concisa y exuberante a un tiempo, contenida y apasionada. Me rindo de admiración, lo digo totalmente en serio. Sus páginas —planteadas como un ensayo sobre Teresa de Ávila y el diálogo interreligioso— están muy vivas. Sus páginas son ella misma en forma de historia.

Tras esta lectura entiendo, como pocas veces me ha pasado, que es posible una escritura de la luz, que una literatura de la luz es una realidad, no una simple promesa. La prosa de Mardía está preñada de verdad, pero no porque hable de Dios, del amor, de la maravilla y de tantas cosas buenas como pasan en este mundo para quien sepa mirarlo, sino porque en cada página hay una temperatura, una textura, un color, y ese aire inconfundible que deja todo lo genuino. Es una prosa de enorme plasticidad y vivacidad, y yo no creo que a la prosa haya que pedirle mucho más. Es una

prosa transparente, que no se subraya a sí misma, sino al mundo. Es la prosa de quien se ha olvidado de sí y, por eso, es más ella misma que nadie. Que el lector se predisponga para asistir a una fiesta de sensibilidad y de inteligencia, pues todo está aquí bien dispuesto, con el grado exacto del desorden preciso y con un fuego que lo calienta a uno mientras lo lee. El libro como chimenea, como llama de amor viva, como hogar en el que estás y desde el que anunciar que todo es hogar.

Este libro habla de literatura: «Escribir es para mí una experiencia más honda incluso que rezar o que meditar.» «Quería escribir y hallar la huella de lo eterno en lo histórico.» «Puedo escribir sin neurotizarme, volviendo mi literatura lugar para expresar lo real, en vez de espacio para la evasión, la ficción y el engaño.» Yo diría que esto es un tratado existencial de por qué se escribe, para qué, cómo, en qué sentido escribir es una necesidad, cuáles son sus riesgos... Como en el caso de santa Teresa, su referente fundamental, para Mardía es inseparable la mística de la poética, la experiencia de la expresión.

Este libro trata, sobre todo, del regalo y del trabajo de una conversión, entendida como trans-

formación biográfica: «Una noche, tumbada en la cama de un albergue, sentí una bola de fuego entrando en mi pecho y un amor que llenaba de sentido y gratitud toda mi vida.» Es precioso ver como crece una vocación en forma de relato ante los propios ojos. Como desgrana esta autora su vocación de la mano de una hermana mayor, Teresa de Ávila, que en estas páginas es algo así como la plantilla en la que leer la propia vida, mostrando que ninguna vida es comprensible sin la de quienes nos precedieron, poniendo a las claras que necesitamos a otros para entendernos. Mardía se confronta con santa Teresa al igual que Jesús de Nazaret, salvando las distancias, se confronta con Isaías o con Moisés, para desvelar —desvelarse— el misterio de su identidad. Y va desvelando, con la estrategia de quien sabe componer un texto, con los dinamismos propios de una conversión, como la peregrinación, por ejemplo: «El Camino de Santiago lo cambió todo.» «La peregrinación es acercamiento mediante la acción, los pies en la tierra, rimar los pasos con el latido del mundo, dejar atrás todo lo innecesario, poniendo el cuerpo también a su servicio.» Pero también el ayuno: «El Ramadán alivió el dolor de mi piel y encendió

una vela al lado de mi corazón.» Y la limosna: «La limosna es dar un poco de lo recibido, no solo para dar sino también para recibir; porque el creyente sabe que recibir y dar son una misma cosa.»

Ahora bien, las páginas más hermosas de este libro son, seguramente, las que dedica al encuentro con el maestro espiritual: «Un segundo en su presencia era suficiente para encender un corazón»; «Las miradas se limpiaban con solo escuchar su voz»; «Las flores crecían más fuertes y hermosas (en su jardín) por el compromiso radical con el suelo que tenían las raíces»; «Siempre provocaba en los que lo veían la sensación de que nadie los había observado nunca con tanta atención y amor»; «Mi conversión fue un don de su mirada»; «Ese hombre se tomaba mi vida más en serio que yo»; «Nunca conocería a nadie tan parecido a Jesús»...

Pero también son hermosísimas las páginas que dedica al matrimonio: «Un hombre estaba dispuesto a dejar toda su vida anterior y a comprometerse conmigo, compañero de camino, en mi peregrinación»; «Tuvimos certeza de que nuestra unión venía del cielo»; «¿No sería el matrimonio un modo de vivir aquí un amor que no era de aquí?»; «El

matrimonio como unión para la Unión y la maternidad como receptividad para la recepción.»

Qué hermosas son, desde luego, las páginas que Mardía dedica a la maternidad: «Él compartió con el pequeño su saliva, le pellizó suavemente la mejilla, le sonrió con ternura infinita, y yo comprendí que milagrosamente el niño estaba bien»; «La entrega diaria que requiere cuidar a un hijo es en sí camino de perfección»; «En mí la semilla la puso un hombre, pero en el fondo también la puso Dios»; «Al partirse la madre literalmente en dos, en el extremo del dolor, cuando lo da todo (se da a sí), el dolor se apaga y el hijo sale a la vida»; «El corazón no se divide, sino que se multiplica con la llegada de cada nuevo hijo al mundo.»

Y todos estos temas los afronta esta escritora con tanta simplicidad como profundidad, regalándonos al menos una imagen en cada página. Porque quien aquí escribe no es solo alguien que quiere entregarse a Dios, alguien que se ha entregado a Él de hecho, sino alguien que lo hace hermosamente y que hermosamente expone sus dudas y titubeos. Así que este es un libro modesto y, por eso mismo, grande. Es un libro valiente y sincero en el que la autora, que escribe como

reza, desnuda su alma para que nosotros, los lectores, admirados, desnudemos la nuestra. Sí, este es un libro para descalzarse, para desnudarse, para aprender a ser, para maravillarse de que seamos. Nadie con una sensibilidad mínimamente religiosa dejará de reconocer en estas páginas la huella de lo divino, tan discreta como poderosa. Un libro para releer y degustar, para cerrarlo y ensoñar un poco, para volver a abrirlo y acariciar alguna frase porque acuña una verdad. Yo veo amor en este libro. Veo un amor que despierta el mío: mis ganas de ser bueno, mis ganas de escribir, de abrirme, de abrazar al otro, de comulgar. Este es un libro de piedad, pero no es blando. Es suave, pero determinado, como lo que viene del Espíritu.

También es un libro que rompe las fronteras que establecemos los hombres a base de ser concretos; por eso es de auténtico diálogo interreligioso. Mardía, ¿cómo lo has conseguido? Estás en el corazón de la vida y, por eso, en el corazón de Dios. Cualquiera que tenga el corazón en su sitio puede ver eso. Pero estarás también —aunque el mundo aún no lo sepa— en la historia de las letras. Tiempo al tiempo. Estás siguiendo

un camino, el tuyo. Has conseguido que sea tan tuyo que yo, personalmente, lo siento mío. Para mí es como si te conociera de siempre. Para mí es como si fueras mi madre y mi hija al mismo tiempo. ¡Qué privilegio que me hayas pedido un prólogo a mí, compañero en la sed de Dios y en ese amor a la literatura que solo comprenden quienes lo gozan y lo padecen! Gracias por amarnos tanto con tus palabras, querida Mardía. No te ruborices. Sé que sabes que todo lo que te he escrito aquí es cierto. Eres una digna discípula de Mawlana Sheij Nazim, quizá sea este el mejor elogio. Eres una buena discípula de santa Teresa. ¡Qué bien, Dios mío, que yo haya podido ser un humilde testigo de todo esto!

APERTURA

ESTA ES LA HISTORIA de cómo santa Teresa me llevó de la mano hasta la mano de un maestro sufí, Mawlana Sheij Nazim. Es una historia sin literalismos, donde las contradicciones son fecundas, donde la unidad trasciende la paradoja. Es una historia de un amor más grande que cualquier forma.

El año 2015 fue el quinto centenario del nacimiento de Teresa. Los homenajes se sucedieron. Al recordarla, la hacíamos presente; la subíamos en el pedestal y a la vez la bajábamos; la admirábamos como si estuviera lejos y a la vez la dejábamos entrar en nuestra casa. Ella estaba dispuesta a romper todo ídolo construido y volverse real; ella está.

El sentido muchas veces (el destino) se presenta en forma de sincronicidades repetidas. En abril, el día de Viernes Santo, mi maestro sufí Mawlana Sheij Mehmet, sucesor de Mawlana Sheij Nazim

en la cadena dorada de la *tariqa* o cofradía Naqshbandi, visitó Barcelona. Subimos con él a lo alto del Parc Güell y, después de reencontrarme con una hermana sufí excarmelita a la que hacía seis años que no veía, vimos pasar una procesión que cantaba el *Nada te turbe* de santa Teresa.

Ese fue el punto de partida de este ensayo. Comprendí que tenía que escribir sobre la enorme influencia que la abulense había tenido en mi vida, y sobre cómo su magisterio me había abierto las puertas del sufismo y el islam.

Semanas después de despedir al maestro, me llegó la información de un concurso de ensayo sobre Teresa y el diálogo interreligioso organizado por la Universidad de la Mística de Ávila, la ciudad donde vivieron mis abuelos y donde he pasado todas las Navidades de mi vida.

Me puse manos a la obra. Me di cuenta de que, a pesar de haber escrito artículos, una tesina en Ciencias de las Religiones y una tesis en Filología, ya no podía escribir un texto académico. Mi corazón no me lo permitía. Teresa me llamaba desde otro sitio, apelaba solo a mi sinceridad. Rendirle homenaje era volverla espejo de mi propia vida. Intenté contenerme, releí sus obras como lo hace

el estudioso, pero fue imposible. Así que dejé de escribir y me puse a escuchar.

Durante tres semanas encendí el ordenador a ratos muy cortos (tengo tres hijos pequeños) pero intensísimos, inspirada continuamente, como si el esfuerzo solo hubieran de hacerlo mis manos.

Escribir, así, es para mí una experiencia más honda incluso que rezar o que meditar. Escribir desde el contacto con el silencio es una labor sagrada.

Envié el texto al concurso y esperé ilusionada porque quería acudir si ganaba (ese era uno de los premios) a la Universidad de la Mística de Ávila, en septiembre, para hablar sobre mi experiencia teresiana. Tenía la intuición de que iba a poder estar allí.

Casi a finales de julio recibí un *e-mail* con el nombre de los ganadores y los finalistas. El mío no aparecía. Me extrañó. Pero las intuiciones no siempre se cumplen.

Pasó el verano, empezaron las clases (soy profesora de Lengua en un instituto). Y una semana antes del congreso me llamaron del Centro Internacional Teresiano-Sanjuanista (CITeS) porque habían organizado una mesa redonda sobre Teresa

y otras tradiciones, y la persona que iba a hablar sobre la carmelita y el islam había renunciado a ir en el último momento, por motivos personales. Habían recurrido a una segunda persona (un amigo mío) que también dijo que no de manera imprevista una semana antes del congreso, y que dio mi nombre a la desesperada porque sabía que yo había estado trabajando justo sobre eso.

Es decir: la realidad finalmente me quiso allí. Me gusta imaginar que la propia Teresa me invitaba.

El día del congreso fue muy especial. Era además el cumpleaños de mi hijo Omar y aprovechamos para viajar en familia. Después del encuentro, justo cuando salíamos del edificio del CITEs, una mujer entraba con un gatito pequeño al que había encontrado perdido en un camino. Lo que más deseaba Omar en el mundo era tener un gato, así que lo recibimos como un regalo del cielo, nos lo llevamos a casa y lo llamamos Teresito.

Este es el contexto en el que surgieron las páginas siguientes. Las escribí en mayo del 2015 y las amplí en otoño de ese mismo año. Las escribí con el corazón. Sintiendo muy cerca a Teresa.